



Plano de la Campaña en Tehuantepec.

VII.

CORONEL.

DESERCIÓN DE LOS JUCHITECOS.



L armamento llegó con toda oportunidad á su destino, y el Coronel Díaz regresó á Juchitán, en donde se ocupó de organizar una columna, con la que, según instrucciones recibidas, debería concurrir al ataque de la plaza de Oaxaca, ocupada otra vez por los hermanos Cobos.

«Instruí, aumenté y uniformé al batallón «Independencia,» tanto como era posible en pocos días, y recibí del Gobernador de Chiapas, por orden del Sr. Juárez, que aún permanecía en Veracruz, una fuerza como de 70 hombres, mandada por el Coronel D. Nicolás Ruiz y el Teniente Coronel D. José María Vela, que agregué á los restos de las compañías de cazadores y granaderos de mi Cuerpo, que á esa fecha apenas sumaban, entre ambas, un total de 100 hombres.

«Salí de Tehuantepec con dirección á Oaxaca, el 5 de Enero de 1860, siguiendo el camino nacional hasta San Carlos Yautepec, distante como unas 35 leguas de Oaxaca, y de allí marché hacia la derecha del camino por la cañada de Narro, hasta San Lorenzo Albarradas, para evitar que el enemigo tuviera noticia de mi movimiento y para acercarme más á las fuerzas del Gobierno del Estado, que debían venir á Tlacolula á proteger mi marcha y á fin de reunirnos allí. El 20 de Enero pernocté en el monte, cerca del pueblo de San Lorenzo Albarradas. Al día siguiente, cuando emprendí mi marcha para Tlacolula, noté algunos síntomas de insubordinación entre los juchi-

tecós, en quienes la volubilidad de carácter se imponía, y á pocos momentos, el Teniente Coronel Cosme Damián Gómez, que por enfermedad del Teniente Coronel Pedro Gallegos, mandaba ese batallón, me dijo que los juchitecos habían cumplido con acompañarme hasta cerca de Oaxaca, que era su objeto; que ya no tenía peligro; que no querían alejarse más de su pueblo, y que se proponían regresar á Juchitán.

«Como esto constituía una rebelión al frente del enemigo, formé las compañías de mi batallón ante los insurrectos, mandé á éstos terciar armas, y como quedaran impasibles, parecióme prudente no generalizar la cuestión de hechos, dándole carácter colectivo; y así, para buscar la restricción indirectamente, individualizándola, me dirigí al sargento que cerraba el costado derecho y que se hallaba más cercano, é imponiéndole con violencia, espada en mano, le mandé entrar á las filas que había dejado y terciar el arma. Obedeció mi orden y entonces repetí la voz de mando á toda la fuerza, que la atendió uniforme. La consideración de que estaba con el enemigo casi á la vista, así como la no menos atendible de que los juchitecos eran Guardias Nacionales indisciplinados, y casi á ruego auxiliares míos, no me permitió proceder con la energía con que hubiera debido obrarse, si de verdaderos militares se hubiese tratado.

«Coloqué á vanguardia la fuerza de Chiapas, en el centro á los juchitecos, y á retaguardia las dos compañías de mi batallón, dándoles órdenes á los soldados de ésta, en alta voz, y de modo que los aludidos la entendieran, de pasar por las armas, sin más consulta, á todo soldado que se retrasara en la marcha. En estas condiciones y como una hora después de ocurrido este suceso, fui atacado de improviso por el regimiento de guías de caballería, que mandaba el Teniente Coronel Antonio Vidal Canalizo, el cual formaba la vanguardia de la columna de Marcelino Cobos, compuesta de 1,300 hombres, que venía de Tlacolula á batirse. José María y Marcelino Cobos habían ocupado á Tlacolula antes de que llegara la fuerza liberal de la sierra, conmigo combinada, y el segundo había salido á encontrarme. Resistí el primer ataque del regimiento de guías que pude rechazar, quedando muertos en él, su jefe Canalizo y el Capitán Miguel Monterrubio, así como algunos de sus soldados y caballos. Ocupé en seguida una colina frente á la hacienda de Xagá, cerca del pueblo de Mitla.

«Derrotado el regimiento de guías, retrocedió hasta ser protegido por la fuerza de que dependía; y cuando llegó la infantería enemiga,

con su artillería, emprendieron formal ataque, hasta ocupar la colina que yo defendiera y que había dejado un tanto débil, tratando de detener á viva fuerza á los juchitecos, que, agrupados, huyeron al fin en esos momentos en que su huida determinaba mi derrota. Sin embargo, como los restos de granaderos y cazadores quedaban en buen estado de moral é indignados por la conducta de los juchitecos, haciendo un esfuerzo supremo, pude con ellos recobrar la colina, en que abandonó Cobos dos obuses de montaña, que constituían toda su artillería; pero no pude conservar esa posición ni las piezas capturadas, por ser muy reducido el número de mis soldados, que el combate había disminuido á ochenta.

«Sobre ellos se emprendió nuevo ataque por todas las fuerzas contrarias, y no teniendo ya elementos bastantes para resistir, me determiné á abandonar la colina, inutilizando previamente los cañones que había tomado al enemigo, que no podía llevar, porque sus tiros de mulas no habían caído en mi poder.»

(Un periódico oaxaqueño, de aquel tiempo, «La Democracia,» comentó este suceso en los términos siguientes:

«Las fuerzas de Tehuantepec se movieron sobre Tlacolula para atacar á Cobos; pero desbandados los VOLUNTARIOS de Juchitán, D. Porfirio Díaz tuvo que resistir el ataque de Cobos, con 72 soldados del batallón de Oaxaca; pero de una manera tal, que la Reacción misma no ha podido menos que elogiarla en sus papeles públicos.»

El Coronel Díaz prosiguió su camino hacia Oaxaca, y entretanto, el Sr. Díaz Ordaz derrotaba completamente á los Cobos en Santo Domingo del Valle, quedando victorioso, pero herido de muerte).

«Después de la acción de Mitla, seguí el camino de la sierra para incorporarme con la columna procedente de Ixtlán, que debía esperarme en Tlacolula, y que había, sin duda, suspendido su marcha, porque Tlacolula había sido ocupada por José María Cobos. Al día siguiente, 23 de Enero de 1860, incorporado Marcelino á José María Cobos, no esperaron á que el Gobernador D. José María Díaz Ordaz bajara á la planicie, sino que ellos, atrevidamente, alentados, sin duda, por el triunfo sobre mí obtenido, fueron á batirlo al pie de la sierra, y tuvo lugar la acción de Santo Domingo del Valle, en la que Cobos fué completamente derrotado; pero mortalmente herido el Sr. Díaz Ordaz, que falleció al día siguiente. Quedaron allí, en poder de nuestras fuerzas, tres cañones de batalla, de Cobos, y tres de montaña.

«D. Marcos Pérez, que era Presidente del Tribunal, por ministerio de la ley substituyó al Gobernador, con carácter de interino, y al

Coronel Salinas se le dió el mando de la fuerza. Salinas, que era hombre de valor, aunque con pocos conocimientos, marchó adelante de Santo Domingo del Valle, por el pie de la sierra y fuera del camino, hasta Tlalixtac, en donde yo me incorporé á su fuerza, con el ánimo cohibido ante mis compañeros por mi reciente derrota, tres días precisamente después de ocurrida ésta.

«Incorporado ya á la fuerza del Coronel Salinas, el 26 de Enero le aconsejé que fuéramos, sin pérdida de tiempo, á sitiar á Oaxaca, entrando por San Felipe del Agua, para tomar el cerro de la Soledad; y obsequiada mi invitación, marchamos sobre Oaxaca, á la vista de la caballería enemiga, que guardaba el contacto con nuestras tropas, y la cual hizo algunas intentonas, queriendo aprovechar momentos que juzgó oportunos; pero con mis dos antiguas compañías, aumentadas con otra fuerza de Oaxaca, la combatí hasta alejarla de nuestro frente. Así pudimos seguir tranquilos nuestra marcha, y llegamos á San Felipe el 1º de Febrero de 1860. Una fuerza de infantería contraria se defendió en el fortín; pero se lo tomamos el 2 de Febrero y comenzamos á sitiar la ciudad.

«No pudimos cercarla por completo, porque teníamos pocas tropas; pero ocupamos puntos importantes á su inmediación, en donde prolongamos nuestra permanencia, sosteniendo diarios tiroteos.

«El 9 de Marzo, estando nosotros en el fortín de la Soledad y cerros inmediatos, el enemigo hizo una salida por el barrio de China, y ocupó parte del Marquesado, con lo que dejó cortada nuestra posición del fortín de la Soledad. En tal virtud, ejecutamos un ataque un tanto vigoroso para desalojarlo de allí y obligarle á volver al perímetro de la ciudad, operación que nos dió resultado, y que costó algunos soldados por una y otra parte.

«Nada serio volvió á intentar el enemigo en lo sucesivo, sobre el Marquesado; y sus salidas, verificadas por el lado opuesto ú oriental de la ciudad, no tuvieron resultados prácticos de importancia, haciéndolas como las hacía siempre, con caballería, que era batida constantemente por la nuestra, á la cual protegíamos con la artillería, situada en la altura.

«Para la mejor comprensión de los sucesos, debo hacer una digresión.

«Á poco de haberme incorporado á las fuerzas del Coronel Salinas, ocurrió un episodio que, sin duda, contribuyó al mal éxito del sitio que pusimos á Oaxaca.

«Se habían suscitado algunas rivalidades entre D. Marcos Pérez,

Gobernador interino, y el Coronel D. Cristobal Salinas, que contaba con algunos amigos políticos, quienes creían que debía ocupar el Gobierno del Estado. Al saber D. Marcos Pérez que tenía cariño y especial predilección por mí, que me había incorporado á las fuerzas del Coronel Salinas, mandó en comisión á Tlalixtac, en donde nos encontrábamos entonces, á D. Manuel Toro, que era á la sazón tesorero del Estado, para que me entregara un pliego que contenía una orden en que se me prevenía que me encargara yo del mando de la fuerza, arrestara al Coronel Salinas y lo mandara preso á Ixtlán, en donde residía el Gobierno local. No estimé prudente esa medida, porque Salinas no era un obstáculo para el buen éxito de la campaña, pues tenía gran deferencia por mí; temí, además, que ella dividiera á los caudillos liberales, y me sentía, por último, cohibido hasta para aceptar lisa y llanamente el mando de esa tropa, aunque no hubiese sido necesaria violencia alguna, cuando acababa de sufrir una derrota; por todo lo cual, supliqué á D. Manuel Toro que hiciera presente estas consideraciones á D. Marcos Pérez, para que no insistiera en su orden.

«No quedó satisfecho de mi conducta D. Marcos Pérez; pero tampoco insistió en su orden de aprehensión y destitución del Coronel Salinas. Juzgué que, probablemente, éste había tenido noticias del caso, porque le encontré muy contrariado en la noche de ese día; tuve una explicación personal con él, y supe que, efectivamente, todo había llegado á su conocimiento, lo cual no impidió que siguiéramos en buena armonía durante la campaña.

«Supongo que D. Marcos comunicó estos sucesos al Presidente D. Benito Juárez, quien creyendo, acaso, que las disensiones que había entre los principales jefes del Estado serían un obstáculo para el buen éxito de la campaña, determinó mandar á un jefe extraño, y fué designado para ese objeto el Gral. D. Vicente Rosas Landa, quien se encargó del mando el 12 de Febrero de 1860.» (Memorias).

Hablando de este general, dice el Sr. Quevedo y Zubieta:

«Ese General Rosas Landa, era un antiguo militar ameritado, decadente á la postre, que no tuvo éxito en Oaxaca. Después de dirigir flojamente maniobras de sitio durante tres meses, acabó por levantarlo (contra el deseo de Porfirio y otros oficiales), al solo anuncio de una columna reaccionaria, enviada de México al mando del General Santiago Cuevas y en que figuraba el Coronel Mariano Miramón, hermano del célebre D. Miguel. . . . La oficialidad liberal oaxaqueña, localista de suyo, se volvió contra ese jefe, que además

de venir de fuera del Estado, tenía salidas atrabiliarias. . . . D. Vicente no entendía de bromas. . . . Todo en trágico. ¡Mandaba á Porfirio que tomase aquí un convento, allá una manzana, y el furibundo jefe contemplaba desde cierta distancia la tragedia! Sin embargo, el Coronel Porfirio solía reír hasta en medio de las tragedias de que era actor, lo cual desagradaba en extremo á D. Vicente Rosas Landa. Eso de que un militar habituado á las balas se ría en medio de ellas, escocía su nerviosidad susceptible. . . . Un día le pareció á Rosas Landa que Porfirio reía al caer entre ambos una bala de cañón. . . .» *

El episodio de la bala de cañón, ha sido relatado por el General Díaz en la siguiente forma:

«Rosas Landa comprendía que yo le hacía falta, y me tenía á su lado, no obstante que estaba resentido conmigo, porque un día lo llevé á practicar un reconocimiento, cuyo resultado lo mortificó mucho. El enemigo había fortificado varios de los puestos accesibles; pero se preocupaba poco de la línea que quedaba hacia el Oriente de la ciudad. Nosotros estábamos en el cerro y me ocurrió que sería conveniente acercarnos por los carrizales para entrar por San Juan de Dios, posesionarnos del portal de la Alhóndiga, y si era posible, penetrar por el vivac de los serenos y tomar esa otra manzana, con lo cual llegábamos hasta la plaza de armas. Para explicarle mejor mis planes, bajamos un poco hacia el Marquesado, hasta una pequeña ladera conocida por el Petalillo; comuniqué á Rosas Landa mi proyecto, y le enseñé el lugar por donde yo creía que sería fácil realizarlo. Por este punto no tenía el enemigo ninguna obra ni guarnición. Extendido el plano de la ciudad, le enseñaba yo al General, cuáles serían, en mi concepto, las manzanas que deberían atacarse. El enemigo se fijó en nosotros y nos disparó un tiro de cañón, cuya bala pasó entre los dos. Rosas Landa se hizo tanto para atrás, que tropezó con el tronco de unos nopales que estaban á su espalda, y al caer se espinó con ellos. No recuerdo qué hice, pero probablemente me reí de la ocurrencia, y por ese motivo se enojó conmigo el General Rosas Landa. Le ayudé á pararse y á quitarse las espinas, y una vez hecho ésto, se retiró de aquél lugar y se puso á cubierto de los fuegos del enemigo.

«Algunos oficiales presenciaron la ocurrencia, y formaron una anécdota de este hecho, que circuló entre ellos y llegó hasta los soldados, y en la que se ridiculizaba al General Rosas Landa. Desde entonces me empezó á coger mala voluntad.» (Memorias).

* «Porfirio Díaz,» por X. X. X.

Cuando el inepto Rosas Landa tomó el mando de las fuerzas sitiadoras, éstas habían resuelto asaltar la plaza. . . .

«Mientras esto pasaba, nosotros seguíamos en posesión de las alturas inmediatas á la ciudad y preparándonos á un asalto. Para ejecutarlo, nos ocupábamos en construir municiones, y proporcionarnos otros pertrechos necesarios. Creo que habríamos obtenido buen éxito en la realización de nuestro proyecto, si hubiéramos quedado entregados á nuestros propios esfuerzos é inspiraciones; pero el General Rosas Landa, que estaba acostumbrado á mandar soldados más disciplinados que nosotros, y á contar con más recursos de los que teníamos, no aprobó nuestra decisión de asaltar la plaza; le pareció que era muy peligroso jugar semejante azar, sin todos los elementos que nos dieran más probabilidades de triunfo. Así es que mientras nos llegaban de Veracruz los recursos que pidió, para intentar un golpe á fondo, el General Rosas Landa acordó que, conservando nuestras ventajosas posiciones, mantuviéramos en ellas una expectante defensiva; pero esto no podía ser, porque las provocaciones nuestras, ó las del enemigo, en las diarias escaramuzas, nos arrebatában á diversas empresas.

«Así, por ejemplo, en los primeros días de Abril (1860), hube de exponer á mis subordinados en la toma que verifiqué en la manzana de Habitero, donde se efectuó un verdadero combate; y lo hice también por orden del mismo General en jefe, atacando el convento de la Concepción, á fines del mes citado, y la manzana del hospital de San Cosme, el día 6 de Mayo, sin conseguir el objeto propuesto y perdiendo inútilmente, en uno y otro ataque, á muchos de nuestros soldados.

«De tal manera se gastaban las energías, sin provecho y sin un plan general bien definido. Así corrieron los meses, pero no sin ventaja para el enemigo, pues el Gobierno reaccionario establecido en México, mandó, entretanto, para proteger á Cobos, una columna compuesta de más de mil hombres, á las órdenes del General D. Santiago Cuevas, y esa fuerza, con su aproximación, nos obligó á levantar el campo el 11 de Mayo de 1860.

«Nos retiramos para la sierra: la mayor parte de nuestra fuerza tomó la vía directa de Tlalixtac para Ixtlán, y el resto, con el cuartel general y llevando la artillería, la vía de San Agustín Etla y Teococuilco. El enemigo mandó perseguir á los que iban por Tlalixtac, con una columna que era á las órdenes del General Anastasio Trejo; y destacó otra, á cuyo frente iba el General Alarcón, contra los que nos retiramos por Teococuilco.

«Al hacer Rosas Landa una marcha bien rápida hasta dicho lugar, me encomendó el cuidado de la retaguardia; y cuando me vi perseguido muy de cerca por el General Alarcón, hice una vuelta ofensiva, con la poca fuerza que me quedaba, pues toda la ligera había seguido al jefe principal, y obligué á Alarcón á retroceder al valle. Así pude continuar mi marcha, sin ser molestado, hasta el citado Teococuilco; marcha que fué muy penosa, por tener que hacerla por montañas y con artillería pesada.

«Al llegar á San Agustín Etna, en nuestra retirada para la sierra y siendo perseguidos de cerca por el General Alarcón con fuerzas de Cobos, se metió el General Rosas Landa, para libertarse del sol, en una ermita situada sobre el camino, con el propósito de esperar un ataque del enemigo, que no intentó; y aunque yo, no solamente no me abrigaba del sol, sino que se lo tenía á mal á los oficiales que lo hacían, me metí con él en la ermita, porque comprendí que la excitación que había en su contra por parte de los jefes y oficiales oaxaqueños, con motivo de nuestra desastrosa retirada, era tan grande, que su vida corría peligro, y me propuse escudarlo de cualquier atentado. Algunos de mis compañeros se acercaron á la puerta de la ermita, y con señas me indicaban que me hiciera á un lado para que quedara el General Rosas Landa expuesto á sus tiros; pero lejos de complacerlos, les hice comprender que yo me proponía defenderlo, y así pude lograr que llegara sin novedad hasta Teococuilco, en donde se separó de nosotros y tomó el camino para Veracruz.

«Una vez en Teococuilco, exagerando el General Rosas Landa la falta de disciplina que, en efecto, había en nuestras tropas, nos manifestó que volvía á Veracruz á dar cuenta al Sr. Juárez, de que éramos inmanejables. Volvió á recaer el mando, por este hecho, en el Coronel Salinas, quien se adelantó de donde estaba, solamente con el estado mayor, para Ixtlán, con objeto de acuartelar convenientemente á la otra columna, que había marchado directamente para aquel punto, y disponer lo necesario para rechazar la columna de Trejo, que sabíamos iba en aquella dirección. En tal concepto, quedé yo al frente de las fuerzas que antes iban directamente bajo el mando del Sr. Rosas Landa.

«Llegó Salinas á Ixtlán, y, sin embargo, nada pudo disponer en contra de Trejo, porque la fuerza que había tomado esa vía, no estaba toda en Ixtlán, sino repartida en varios pueblos, donde arbitrariamente se habían alojado los soldados colectivos, á quienes en aquellas circunstancias se les toleraban ciertas libertades, con la seguri-

dad de que se reunirían luego. Se intentó la reunión, pero antes de que ésto se lograra, llegué á Ixtlán, con la fuerza que se había dejado á mis órdenes, y como era la única disponible, marché, después de pocas horas de descanso, hacia Ixtepeji, en donde las compañías de ese lugar y parte de la población que estaba armada, habían, usando de sus formidables posiciones, detenido á Trejo por dos días.

«Llegué á Ixtepeji como á las 9 de la mañana del día 15 de Mayo de 1860, en momentos en que casi eran derrotadas las dichas fuerzas unidas á nuestra causa, y Trejo ocupaba ya la población; pero mi presencia, y el refuerzo de municiones que di á los que acababan de ser batidos, los reanimó, y entonces atacamos formalmente á Trejo, obligándole á retroceder después de un serio y sangriento combate, que determinó su huida á Oaxaca.

«Como yo conocía el terreno mejor que Trejo, mandé, por veredas extraviadas, fuerzas que fueran á cortarle á una ó dos leguas de su vanguardia; y así acabé de destrozar su columna, que era de 700 hombres, de los que llegaron á la ciudad menos de cien.» (Memorias).

Entretanto, Rosas Landa, que había regresado á Veracruz, manifestaba á D. Benito Juárez la imposibilidad de llevar á cabo una campaña seria contra Cobos, debido á la incapacidad de la oficialidad oaxaqueña; pero quedó muy desagradablemente sorprendido, al saber, por el mismo Sr. Juárez, que aquella oficialidad acababa de obtener, al mando del Coronel Porfirio Díaz, la importante victoria de Ixtepeji, al pie de la sierra de Ixtlán.

Victoria de trascendentales consecuencias, que permitió la reorganización de las fuerzas liberales refugiadas en la sierra, y fué el prelude de la destrucción de Cobos y la toma de Oaxaca.

En efecto, hacia fines de 1860, las fuerzas liberales, mejor organizadas, partieron de Ixtlán, que ya entonces se llamaba Villa Juárez, y emprendieron un movimiento decisivo para apoderarse de la capital del Estado.

Las fuerzas conservadoras se organizaban, á su vez, dentro de Oaxaca, logrando aumentar el efectivo de sus cuerpos, á tal grado, que juzgaron innecesaria la columna auxiliar, que de México había venido al mando del General Santiago Cuevas, quien regresó con ella rumbo á la capital de la República.

Los liberales sabían muy bien que Cobos se encontraba en condiciones ventajosas y contaba con tropas superiores, en número, á las de ellos.

«Nuestra inferioridad numérica nos ponía en la necesidad de in-

tentar un golpe de mano, que el enemigo no pudiera prever; pero esto se dificultaba mucho, porque todos nuestros amigos civiles que formaban el Gobierno local, y que vivían con nosotros, sin comprender la importancia del secreto en asuntos militares, daban á sus familias, que estaban en Oaxaca, aviso anticipado de cuanto nosotros pretendíamos, ó ellos sospechaban que íbamos á efectuar; y de este modo hacían, sin intención dañada, y sólo por dar nuevas consoladoras, abortar nuestras combinaciones, pues las versiones se propagaban de boca en boca, hasta llegar á conocimiento del enemigo. Tuvimos, pues, que confinar á varios de ellos á otros pueblos de la sierra, donde no había cuarteles, y cuidarnos más de los amigos indiscretos, que de los enemigos.

«Nos ocupábamos de los trabajos preparatorios de nuestra expedición, cuando recibió mi hermano Félix, que en el ejército conservador había sido amigo del Coronel Montero, quien á la sazón mandaba en las filas de Cobos el 9º batallón, una carta de éste, en que le proponía facilitar la toma de la ciudad, mediante una gratificación de diez mil pesos.

«Para determinar detalladamente el servicio que Montero podía prestar, se le propuso, en respuesta, que saliera en altas horas de la noche á tener una conferencia conmigo, á un kilómetro de la ciudad, en un lugar que se llama Las Pozas Zarcas. Movimos, con el sigilo posible, todas nuestras fuerzas capaces de entrar en combate y las aproximamos á cinco kilómetros de la ciudad sobre la sierra.

«Me adelanté para esperar á Montero en el lugar designado, y me fuí en seguida á los arcos del acueducto de la ciudad, para cerciorarme, sin ser visto, de si Montero venía solo ó acompañado; pero no llegó él, sino que envió á un mensajero con una esquela, en la que decía, que comenzaba á sospecharse de su conducta en la plaza, y que esa circunstancia le impedía salir, así como la de que en la misma se había sentido nuestro movimiento y que toda la guarnición estaba en guardia; pero que, sin efusión de sangre, podíamos ser dueños del convento del Carmen y de la fuerza que lo defendía, si nos sujetábamos á sus instrucciones, que consistían en que, al llegar la persona señalada para el caso, á doscientas varas, frente á la puerta de campo del citado convento, hiciera con el brazo un movimiento circular con un cigarro encendido, señal que sería contestada en la misma puerta del Carmen, en donde estaba la Guardia de prevención del 9º batallón. Una vez correspondida la señal, decía, debíamos entrar en columna hasta dicha puerta, advirtiéndole Montero, en su esquela, que

al entrar nuestra columna, correría la guardia hacia el interior del cuartel, y que este movimiento no debía alarmarnos, porque tenía por objeto sorprender una fuerza que había en el interior del referido convento, la cual no estaba en la combinación. El convento cierra una calle, que por eso se llama, «Cerrada del Carmen,» y la puerta del campo corresponde á lo que debería ser continuación de la expresada calle.

«Después supe que todo esto era un ardid de Montero para poner nuestra fuerza bajo sus fuegos é impotente para luchar; pues que las azoteas de ambos lados de la calle que nos llevara á la puerta del Carmen, estaban cubiertas de soldados, que nos habrían acribillado por completo al ponernos debajo de ellas, y que tenía en el patio del convento una batería de cañones abocados para el zaguán. Sospechando que ésto fuera más ó menos así, había yo dispuesto ejecutar sus instrucciones; pero sólo con cincuenta hombres, puesto que, si contábamos con el 9º, pensé que no necesitábamos más para ser dueños del Carmen; y en tal concepto, dispuse que el resto de nuestras fuerzas, que llegaba á 700 hombres, atacara en su oportunidad, en dos columnas, el convento de Santo Domingo, tomando en cuenta que, si Montero, de mala fe, nos resistía en el Carmen, debería estar muy reforzado este punto y relativamente débil el otro.

«Después de haber formado este plan, regresé á encontrar al Coronel Salinas, que debía estar esperándome con alguna fuerza al pie de la sierra; pero apenas llegaba, cuando comenzó una lluvia torrencial que nos inutilizó los caminos y puso á nuestras tropas, sin más refugio que la selva, en condiciones que sólo pudieran resistir fuerzas aguerridas y voluntarias como las que teníamos. En las vertientes de la sierra donde estábamos, pronto corrieron las aguas á torrentes, entre las peñascosas quiebras del áspero terreno, y aquellas profundas é impetuosas corrientes, que era imposible franquear, nos imposibilitaron para movernos. Esto impidió que diéramos el asalto proyectado para esa noche.

«Al día siguiente, 4 de Agosto de 1860, calculábamos que sería muy difícil una contramarcha á la sierra, porque todos nuestros soldados no volverían de buen grado, pues habían consentido en el ataque y tenían á sus familias en la ciudad; y cuando hablábamos los jefes sobre el asunto, se avista una fuerza enemiga y comienza á tirotearnos. De pronto hicimos un movimiento rápido sobre ella, que la obligó á replegarse á su centro de operaciones, y nos establecimos en la hacienda de San Luis, como á dos kilómetros de la ciudad, ocu-

pando, además, la hacienda de Dolores. En esa posición pasamos toda la noche, y como á las tres de la madrugada siguiente se me presentó un desertor del enemigo, avisándome que en la noche se había movido éste sobre nuestro campo y que debíamos tenerle muy cerca. Mandé comunicar esta noticia al Teniente Coronel D. Ramón Cajiga, que ocupaba la hacienda de Dolores con el batallón «Juárez,» y volvió el ayudante, avisándome que el enemigo estaba de por medio.

«Dispuse entonces que el Teniente Coronel D. Manuel Velasco, con la mitad de su batallón, batiera á la fuerza que se nos había interpuesto.

«En esos momentos comenzaba á despuntar la luz del día, y vimos que á nuestra espalda había un fuerte puesto militar, que nos habría estorbado volver á la sierra si lo hubiéramos intentado; era la mitad del 9º batallón, mandada por su Teniente Coronel D. Manuel González. Mandé batir de preferencia esa tropa, por los Capitanes D. Luis Cataneo y D. Fidencio Hernández, quienes lograron derrotarla, y la obligaron á incorporarse con el grueso del enemigo, por el ramal de la sierra, que termina en el fortín de la Soledad.

«A la sazón fué rechazado Marcelino Cobos, que atacaba la hacienda de Dolores, y á virtud de todo ello, se me pudieron incorporar los Tenientes Coroneles Cajiga y Velasco con sus respectivas fuerzas, así como los Capitanes Luis Cataneo y Hernández con las suyas. Acto continuo, el General José María Cobos, con el núcleo principal de sus tropas y con tres baterías, sin esperar á los rechazados de Dolores, que hacían un rodeo para incorporársele, emprende resueltamente su avance sobre las posiciones que ocupaba yo en la hacienda de S. Luis.

«Ejecutamos entonces un movimiento general, saliendo á la llanura, al encuentro de Cobos; lo rechazamos, quedando en nuestro poder sus cañones más pesados, y le obligamos á retirarse á la ciudad. Dispuso entonces el Coronel Salinas, que con el batallón «Morelos,» mandado por Velasco, y los Guardias Nacionales de Miahuatlán y Ejutla, ocupara yo la plaza de armas, mientras que él se dirigía contra el fortín de la Soledad.

«Después de una tenaz resistencia en las calles por donde tenía yo que penetrar á la Plaza, en cuya resistencia perdí muchos soldados y oficiales y fui herido por una bala, que me inutilizó la pierna derecha, aunque sin tocar el hueso, logré desalojar al enemigo de la Plaza de Armas, del Palacio, de la Catedral y del convento de la Concepción, dejándolo reducido exclusivamente á Santo Domingo y el Carmen.

«Comencé desde luego á horadar dos líneas de manzanas con dirección á Santo Domingo, para acercar mis columnas á esa posición, á cubierto de los fuegos enemigos, y dar un asalto al convento de Santo Domingo. Me proponía salir con mi fuerza por las casas que quedaban frente al convento y proteger el ataque desde las alturas de dichas casas. Este trabajo duró todo el día y parte de la noche del 5 de Agosto de 1860. El Coronel Salinas se me había incorporado, y todas las operaciones las ejecutaba yo con su aprobación.

«Adelantados nuestros trabajos en condiciones de poder dar el asalto al amanecer del día 6, nos avisaron que el enemigo había derribado parte de la pared de la huerta de Santo Domingo, y que por allí emprendía su fuga. Como yo había sido herido desde las nueve de la mañana del día anterior, y no pudiendo andar á pie, habíalo hecho á caballo, no estaba ya en condiciones de sostenerme, y mucho menos de combatir, pues la inflamación de la pierna derecha, que rompía el pantalón, me postraba. El Coronel Salinas y los otros jefes, sin contar ya conmigo, movieron las fuerzas hacia Santo Domingo, en mi concepto, con intención de perseguir al enemigo; pero no lo hicieron por razones que ignoro.» (Memorias).

